

El siglo XXI ha empezado tan mal como ha acabado el XX y todas las ilusiones ligadas al mágico número «2000» se han desvanecido como un sueño del que ya no conseguimos recordar otra cosa que una vaga sensación. Todas y todos ya sabemos que el planeta, además de ser más contaminado y pobre, también se ha hecho más pequeño y más cruel. El «efecto mariposa» {según el cual el movimiento de las alas de una mariposa en China puede provocar una tempestad en Holanda) ha dejado de ser una figura literaria de la teoría del caos para transformarse en realidad cotidiana. Nunca como ahora las decisiones —incluso las menos relevantes— tomadas en determinados centros de poder internacional, pueden tener efectos de magnitud considerable y multiplicadora en muchos rincones del mundo, aparentemente desconectados entre sí.

Es la esencia misma de la tan citada (a veces un poco abusivamente) globalización.

En un mundo que percibimos tan moderno y electrónico, que ha hecho pedazos viejos dioses y viejos mitos, el capitalismo redescubre su primordial manera de arreglar los problemas, pasando por alto las mediaciones y andan-do al grano con sus portaaviones y sus letales cargas de ayuda humanitaria.

Así que este año 2001 será recordado en los libros de historia no sólo por los acontecimientos del 11 de septiembre sino por la visibilidad, ya clara y meridiana, de los efectos «macro» de la globalización: desde Oriente Próximo a Argentina hasta nuestras propias casas.

El feminismo empezó hace muchos años a hablar de paz y de la posibilidad de otro mundo. Y siempre lo hizo a partir de dar voz y visibilidad a las mujeres y a sus prácticas, a sus deseos y experiencias. Las mujeres sabemos mucho de guerra, de pobreza y de violencia: somos sus víctimas más numerosas y más desprotegidas, invisibles o secundarias a los ojos de las estadísticas oficiales y de los gobiernos. Desde este poco envidiable lugar, el feminismo ha ido tejiendo pacientemente pensamientos, teorías y prácticas.

«... El feminismo es un pensamiento que propone, a las mujeres y a los hombres, otra manera de convivir en una civilización que se está mostrando agotada de ideas y de nuevas esperanzas. Es un pensamiento que no elige entre guerras justas o injustas, sino que se pregunta por qué hay guerras, qué las genera. Es un pensamiento que, de momento, trabaja en las profundidades. No tiene voz ni en la ONU, ni en los estados mayores, ni en los

gobiernos.» Así escribía Montserrat Roig en 1991, poco antes de dejarnos.

¿Qué hay de nuevo? Seguimos trabajando en las profundidades, desde luego. Pero, cada vez más en estos últimos diez años, hemos sabido subir de vez en cuando en superficie. Y no me refiero sólo a una presencia en las calles.

Desde aquella guerra, la del Golfo, que marcó los primeros pasos del «nuevo orden mundial», las mujeres hemos recorrido un camino complejo pero constante: la red de mujeres en negro, la marcha mundial contra la pobreza, los grupos como Dones x Dones en Barcelona, las movilizaciones y la presencia en el movimiento antiglobalización sólo representan las puntas de unas tendencias que se van afirmando con fuerza.

Prueba de esto es que sería imposible —o al menos muy difícil— recopilar un listado de todos los grupos de mujeres e iniciativas que, en el conjunto del país, están trabajando alrededor del lema «otro mundo es posible... en femenino». Creo que ésta es y será la gran novedad del movimiento en los próximos años. Lo digo más .cómo una intuición, basándome sobre algunas consideraciones que me gustaría compartir.

El feminismo, y no sólo en el Estado español, se está configurando como una gran red de mujeres, grupos y prácticas diferentes. Dentro de esta red de redes cohabitan sensibilidades y puntos de vista distintos, sin que nadie haya tenido que renunciar al patrimonio de ideas y experiencias que nos ha acompañado en todo este tiempo; más bien las hemos enriquecido con aportaciones nuevas, Y estas dinámicas han ido consolidando prácticas, han permitido la circulación de las ideas y de los debates y, en definitiva, han forjado una nueva realidad.

Hablo de grupos de mujeres que están trabajando, desde una perspectiva de políticas de mujeres, en universidades e institutos, en ayuntamientos, en sindicatos y asociaciones, en los barrios de las grandes ciudades, en los pueblos, y que son protagonistas de propuestas sobre la violencia, la educación, la exclusión social, el trabajo, la cultura... Todo esto está empezando a plasmar, en la realidad y en la «superficie», trocito a trocito, un proyecto más integral, una propuesta de mundo visto con una mirada de mujeres. Claro, es un proyecto que todavía no tiene cabida en la onu, en los estados mayores y en los gobiernos, y posiblemente

Escrito por Dolors Cruells Mercadé
Jueves, 11 de Enero de 2001 09:49 -

no la tenga nunca. Por qué no quiere ser un proyecto de cogestión del mundo: no pedimos la homologación ni que nos dejen entrar, con unas cuotas más o menos pactadas, en los cuartos de mando.

Por estas razones, creo, la participación de las mujeres en las citas del movimiento antiglobalización no ha sido y no es algo esporádico, coyuntural. Es una presencia natural, con una legitimidad que viene de muy lejos y con una autoridad propia.

La intuición de este crecimiento de las redes de mujeres no deriva sólo de la visibilidad de las mismas en las luchas de resistencia a la globalización ni de la aparición de lo que he definido un proyecto integral. Los elementos que empiezan a estructurar este proyecto, tomados individualmente, pueden dar una idea mejor de este proceso, que va más allá de las posiciones sobre los temas internacionales. En este sentido, quisiera señalar terrenos muy distintos, sobre los cuales estamos trabajando en Cataluña.

La experiencia de grupos como Tamaia y el Safareig, sobre el tema de la violencia de género, es una parte importante del recorrido del movimiento feminista en Cataluña. Son experiencias que han sabido juntar un debate y una investigación teórica a propuestas concretas y, sobre todo, a una práctica cotidiana entre mujeres. En el fondo, es el feminismo que aspira a tener una voz articulada en la sociedad, de manera independiente, sin ir de la mano de partidos e instituciones. Y el tema de la violencia, en este sentido, es crucial. Hemos pasado de ser víctimas, o de considerarnos inevitablemente como tales, a ser protagonistas de un modelo de relaciones entre mujeres y hombres, entre mujeres y mujeres que pone al desnudo los mecanismos de la violencia estructural y trabaja sobre ellos. Es una labor compleja y lenta, sobre todo en ausencia de grandes recursos materiales, pero que se sitúa ya como alternativa concreta y útil al vacío de propuestas, voluntades y acciones que parece ser el denominador común, sobre el tema de la violencia de género —que además no viene identificada como tal— de la administración y de las instituciones políticas y jurídicas.

El tema de los espacios continúa siendo el otro terreno de encuentro del movimiento en Cataluña. De hecho, hablar de feminismo en Barcelona es hablar de Ca la Dona: un lugar, físico y mental, que ha sabido mantenerse independiente y plural a lo largo de todos estos años y que, sobre todo, las mujeres consideramos nuestro en todos los sentidos. Bajo este prisma, el proyecto del Centre de Cultura de les Dones Bonnemaison es un paso adelante

Escrito por Dolors Cruells Mercadé
Jueves, 11 de Enero de 2001 09:49 -

importante: este centro se propone como un espacio de encuentro, inter-cambio y creación, que recoja las aportaciones que en el terreno de la cultura han promovido desde siempre las mujeres y en todos los ámbitos. Es un proyecto ambicioso: por un lado, existe la apuesta de recuperar un espacio y un legado histórico de las mujeres de Barcelona (el centro Bonnemaison fue una iniciativa pionera de las mujeres al principio del siglo XX, que padeció la represión y el olvido con el franquismo y, lo que es casi peor, con la «democracia»). Establecer un puente con nuestro pasado no es ningún lujo, es una necesidad vital de las mujeres, y más en tiempos de desestructuración obsesiva de las memorias, colectivas e individuales.

Por otro lado, se trata de apropiarnos, incluso simbólicamente, de un terreno nuestro como tantos otros, el de la cultura. Quizás ésta sea la apuesta más difícil: dotarnos de un espacio, como emisoras y receptoras, que permita vertebrar y expandir nuestras manifestaciones culturales. Y hacerlo con malas intenciones: es decir, superando las dinámicas que han hecho que las expresiones y producciones de mujeres hayan sido mantenidas históricamente escondidas, tergiversadas, inadvertidas y, sobre todo y más sencillamente, aprovechadas por otros,

Para concluir, una idea. En la vida del movimiento de estos últimos años, el calendario de encuentros y debates que se ha desarrollado ha tenido una gran importancia. Desde Pequín hasta las jornadas de Cataluña y de Córdoba, estos encuentros han ido marcado etapas de crecimiento y madurez. En este sentido, creo que estamos delante de un nuevo reto: la dimensión internacional. Necesitamos un foro de encuentro a este nivel, que sea autónomo y nuestro, sin depender de las pautas de discusión de instituciones como la ONU o los gobiernos .y que no sea la mera participación en instancias como la de Porto Alegre.